



"En ella se unen todos los dones, desde la sensibilidad hasta una inteligencia que honraría a cualquier gran hombre. Me atrevo a afirmar que no existe otra mujer igual en el mundo. Pero hay algo que me apena y es que tan pocas personas la conozcan de verdad... Mi único consuelo es haber sido uno de los raros elegidos que pudieron conocer y admirar a esa mujer desconocida para millones de súbditos".

Con estas palabras se refería Gyula Andrássy, poco antes de morir, a su íntima amiga la emperatriz Elisabeth de Austria. La leyenda, el mito y el cine la engrandecieron y pintaron una sonrisa en su mundialmente reconocido bello rostro, pero la realidad de Sissi fue otra bien diferente. Los que tuvieron el privilegio de conocerla fueron capaces de elogiar su sensibilidad, su inteligencia, su integridad, y también su constante lucha por escapar de la jaula de oro en que se convirtió su vida y sus deseos de volar libremente para huir de la incomprensión y de ese trono que nunca hizo suyo. En cambio, los que no supieron conocerla tan sólo veían la sombra efímera de una emperatriz rebelde, arisca, altiva e irresponsable con sus obligaciones, y también a una mujer melancólica, narcisista y extremadamente solitaria.



"No me quedó otro remedio que vivir como una ermitaña. En el gran mundo me persiguieron y me juzgaron mal, me hirieron y me calumniaron tanto... Y sin embargo, Dios, que ve en mi alma, sabe que jamás le hice daño a nadie. Por esa razón me decidí a buscar una compañía que no perturbara mi tranquilidad y que, a la vez, me resultara grata. Me replegué hacia mi interior y me aferré a la Naturaleza. El bosque nunca traiciona. Es cierto que es difícil vivir en soledad, pero acabas por acostumbrarte y a mí ahora me gusta. La Naturaleza es mucho más agradecida que los seres humanos".

Elisabeth nació en Munich, el día de Nochebuena de 1837. Hija de los duques Maximiliano y Ludovica de Baviera, y tercera de una prole de ocho hermanos, "Lisi", como cariñosamente la llamaba su padre, tuvo el privilegio de vivir su infancia alejada de la rigidez de la Corte vienesa, dentro de un entorno familiar entrañable y rodeada de la naturaleza que tanto adoraba.

Pero al pájaro le cortaron las alas cuando, con sólo dieciséis años, el emperador Francisco José se enamoró perdidamente de ella, el mismo día en que había de comprometerse con su hermana Helena. Pese a la oposición de su madre, la Archiduquesa Sofía, Francisco afirmó contundente: "Me casaré con Sissi o con ninguna."

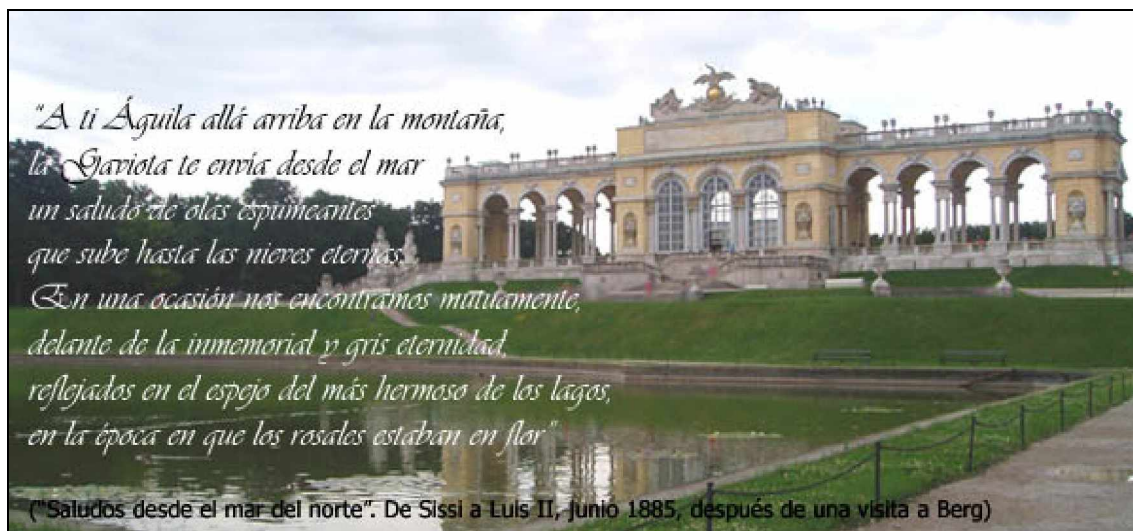


*"Despierto en la celda de una cárcel,
con cadenas que me aprisionan con fuerza
Añoro mucho más de lo que acierto a expresar
la Libertad, ¡que de mí tanto se aleja!"*

(Diario poético de la emperatriz)

Pese al mito romántico que se ha ido construyendo alrededor de Sissi y Francisco José, la emperatriz nunca se reconoció enamorada sino aceptó sin más su papel de esposa y consorte ya que, como le dijo su madre "nadie dice que no al emperador". El rígido protocolo de la Corte, la presión a la que le sometió su suegra tratándola como a un caballo salvaje al que hubiera que domar y arrebatándole el cuidado de sus propios hijos, así como las constantes infidelidades por parte de su esposo, y la añoranza de la libertad que antaño disfrutara en Baviera, convirtieron a Elisabeth en prisionera de las blancas y doradas paredes del Palacio. Y su forma de aflojar esas pesadas cadenas fue concentrándose en sí misma, en el cuidado de su imagen, en el aislamiento de la Corte de la que huía cada vez que podía realizando numerosos viajes.

Enamorada de la mitología griega y de la poesía, admiraba a Heine y a Byron a los que trataba de emular en su propio "Diario poético", bajo el seudónimo de "Titania", y en la fluida correspondencia que mantenía con su primo Luis II de Baviera al que llamaba "Gaviota", y él a ella "Águila".



Mucho se especuló sobre los romances de la emperatriz con su primo Luis, y también con Gyula Andrassy, un político húngaro cuya amistad con Elisabeth fue el detonante de la constitución del Imperio Austro-húngaro, con el nombramiento de Francisco José y Elisabeth como reyes de Hungría, en 1867,

en Budapest. Según la propia Sissi "mi amistad con el conde Andrassy nunca fue envenenada por el amor" , y ambos definían su relación como "la unión de dos almas".



Elisabeth y Francisco tuvieron cuatro hijos. Sofía, su primogénita, murió durante su temprana niñez; Gisela, con quien su madre tan sólo mantuvo un trato formal; Rodolfo, el heredero, que protagonizó el episodio más trágico de la vida de la emperatriz suicidándose junto a su amante en Mayerling; y María Valeria, la "hija húngara" nacida en Budapest y favorita de su madre, hasta el punto de confesar la propia princesa que el cariño de su madre resultaba "asfixiante".

Un cariño que se tornó en culpabilidad tras el episodio de Mayerling, y que convirtió a la emperatriz en una "mater dolorosa", desencajada y arrepentida por haber descuidado a su enfermo y depresivo hijo. Así, vestida de negro, ocultando su rostro bajo velos y abanicos, y sin dejarse retratar ni fotografiar jamás, emprendió una nueva etapa de huida, cuan gaviota por los mares del mundo, en busca de su expiación.

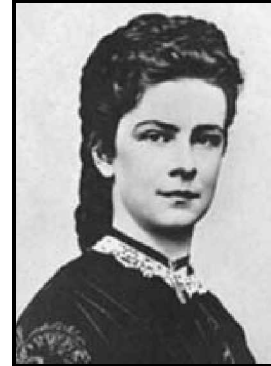
Durante uno de estos viajes, en Ginebra, el anarquista Luccheni atravesó el corazón de Elisabeth con un punzón. La emperatriz tan sólo se desmayó.

"H a sucedido como ella siempre había querido, con rapidez, sin dolor, sin discusiones médicas, sin largos y terribles días de sufrimiento para los suyos". (Del Diario de María Valeria, 1898)



"(...) Mis sentimientos se han apaciguado. La Emperatriz ha muerto sin dolor, en la plenitud de su belleza, sin tener el más leve presentimiento del atentado. Víctima de una monstruosa estupidez, quizás su muerte ha prestado un gran servicio a la monarquía. (...) Igual que Luis II ella encarnaba el noble símbolo de la mítica realeza y ha sido sacrificada como la exquisita representante de este símbolo. Legendaria será la figura que desvanecida derramaba su sangre sobre el agua, legendaria la imagen del catafalco colocado sobre una vela y unas barras de timón."

(Carta de Cósima Wagner al Príncipe Ernst zu Hohenlohe-Langenburg. 16 de septiembre de 1898)

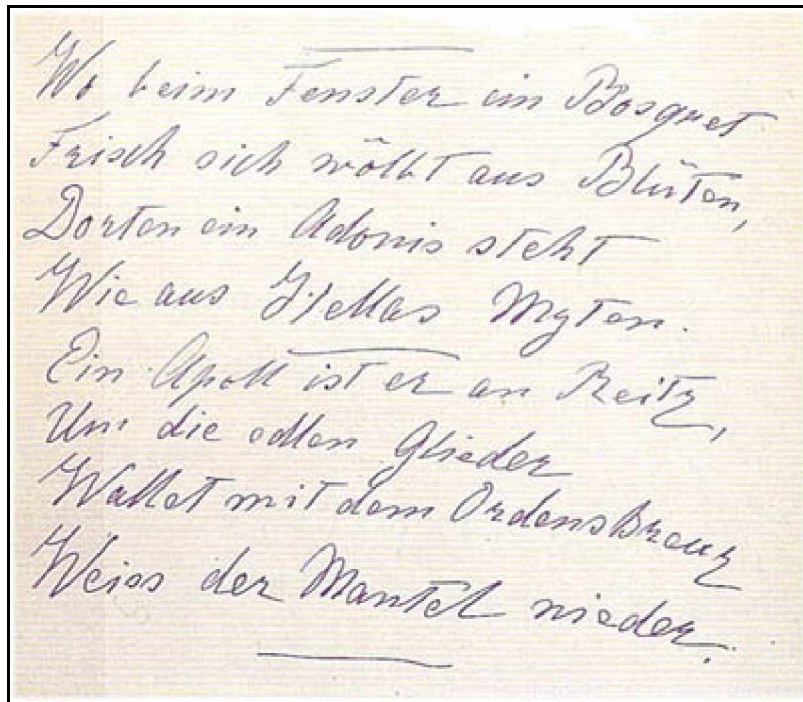


Los manuscritos de la Emperatriz

Sissi fue una mujer encorsetada dentro de una época que no era la suya; no encajaba ni en sus inquietudes, ni en su forma de ser, ni en su forma de pensar. Resultó curioso para los que tuvieron ocasión de leer a "Titania" mucho tiempo después de su muerte, comprobar que tras sus escritos se ocultaban las ideas de una emperatriz republicana. Y no cabe ninguna duda de que, si hubiera podido ser escuchada entonces, hubiese aportado mucho más a la Historia que una bella, esbelta y admirada imagen destinada tan sólo a ser leyenda romántica.

En el trazado de su escritura, fragmentos en este caso de su Diario Poético, se descubre una personalidad sorprendentemente contundente, de fuerte temperamento e imperativa; nada que ver con la dulce Sissi que tan bien ha

sabido regalarnos el cine y la novela rosa. Nada vulnerable y difícil de manipular, da muestra de un carácter rebelde y luchador en una escritura que combina con sutileza la curva con el ángulo, la seducción con la fuerza, así como en el trazado de la barra de la "t" revela esa espada en alto en señal de oposición al entorno por el que inevitablemente se vio rodeada y oprimida.



Las mayúsculas iniciales de gran tamaño, así como la tendencia sobrealzada en todo el escrito, denota eso que muchos se atrevieron a llamar "narcisismo" y que no es más que el orgullo de llevar no una corona real sino la de la propia autoestima. Segura de sí misma, confiada en su imagen verdadera tan contraria a aquella que tenían de ella los que no la conocían y sin embargo la juzgaban, sí da muestra de un autoconcepto elevado y de un medido cuidado por la apariencia externa.

Su profesor de griego, Constantin Christomanos, llegó a decir de ella "es el más solitario de los seres humanos pues se pertenece enteramente a sí misma".



"Seiner Majestät Dem Kaiser und König. Wien" (Vuestra Majestad Emperador y Rey. Viena)

Inteligente lo era, Elisabeth, sin lugar a dudas. Su escritura deja al descubierto la mentalidad de una mujer idealista a la vez que apasionada en esos ideales; nada conservadora, proyecta ansiedad, pero no en el sentido de angustia sino en el de pasión, en el sentido de necesidad de volar y realizarse como no le era permitido nunca. De ahí, de esa impotencia y del sentimiento de incomprensión, deriva el repliegue hacia sí misma, hacia la soledad bien buscada, el lugar donde únicamente podía ser ella misma.

Evidente es también en sus escritos la tendencia a la melancolía, que se observa claramente en los renglones descendentes, prueba de desánimo, tristeza y desidia.

Mit dem Feldmarschallentab
Nacht der Jubumftsieger
Wenn nicht gar des Reiches Grab
Gräbt der alten Krieger.

Su sensibilidad y su extrema y oscilante emotividad también se ponen de manifiesto en sus gestos gráficos. Parecen contradecirse ese orgullo personal y su seguridad en sí misma con esa fluctuante tendencia a la desidia, al

abatimiento y a la melancolía. "Impotencia" quizás sería la palabra clave: impotencia por la conciencia de la propia valía personal asediada sin embargo por la constante e irremediable incompreensión.



Wo liegt der Grund begraben?
Wer doch, weiss ich nie faul,
Musst man für's G'ner was haben,
Nimm ich beim Pflanz vor's Maul,
Schliesslich sind doch Soldaten
Allein des Staates Stütz!

La introspección de Elisabeth podía entenderse como espíritu independiente, pero no como timidez. La emperatriz era una persona sociable, extrovertida, afectiva, y una gran comunicadora, así como capaz de seducir con el fin de persuadir para alcanzar sus objetivos. Su belleza, por tanto, no era tan sólo física sino un conjunto de cualidades que la tocaban mágicamente con un particular encanto personal.

"A mis pueblos..

Mi esposa, el más preciado ornato de mi trono, la compañera que fue siempre el apoyo y el consuelo de las horas más tristes de mi vida, no existe ya.."

(Palabras del Emperador Francisco José en el comunicado de la muerte de su esposa)



Durante los 44 años que duró su matrimonio e incluso después de la muerte de Sissi, Francisco José siempre se declaró profundamente enamorado de su esposa a la que cariñosamente llamaba "mi corazón Sisi". Ella, aunque no tan enamorada como él, siempre le respetó, le fue fiel y fue su amiga y compañera de trono y de vida:

"Si no hubieras sido Emperador, todo en nuestra vida habría sido mucho más hermoso"

Sandra M^a Cerro
Grafóloga y Perito calígrafo
www.sandracerro.com

Agradecimientos especiales:

Archivos del Palacio Schoenbrunn (Viena), en especial a Olivia Lichtscheidl.

www.schoenbrunn.at

Archivos del Palacio Hofburg (Viena). www.hofburg-wien.at

Bundesarchiv. www.bundesarchiv.de

Fuentes:

Brigitte Hamann, "Sissi". Ed. Taschen, 2005.

www.archivowagner.info

www.projekt.gutenberg.de



Fotografías: Sandra M^a Cerro.

- Belvedere de la emperatriz en el Palacio Schoenbrunn (Viena)
- Tumba de la emperatriz Sissi en la Cripta de los Capuchinos (Viena)
- Palacio "Hermesvilla" (Viena)